

El señor Medina
de Iris Rivera

El señor Medina fue aprendiendo a medir las palabras. Estaba orgulloso porque nadie le enseñó. Aprendió solo, de inteligente que era nomás. Está bien que no aprendió enseguida ni fácilmente. Le costó mucho, años le costó... sufrió equivocaciones, cometió graves errores que luego tuvo que lamentar, pero el tragaba saliva y se decía:

– ¡Atención Medina! Esta vez mediste mal, la próxima no te tiene que pasar. Y trataba que la próxima vez no le pasara.

El señor Medina siempre llevaba en el bolsillo la cinta métrica. El padrino se la había regalado de chico, porque todos en la familia tenían una. La cinta métrica era una tradición en la familia del señor Medina. Unos la usaban mejor que otros, pero todos la tenían. El padre había sido un gran abogado, la madre una gran profesora, tenía tíos empresarios, un primo periodista y hasta un pariente lejano que ocupaba un importante cargo público... y todos sabían medir las palabras.

Seguramente de verlos a ellos habrá aprendido el señor Medina, mejor dicho de oírlos. Porque ver, lo que se dice ver no veía nada, como no fuera que, antes de hablar, metían la mano en el bolsillo derecho (donde guardaban la cinta) y pensaban un rato. Estaban midiendo.

Parece que, una vez que quedaban conformes con la dimensiones de lo que estaban por decir, recién lo decían.

Al principio el señor Medina se mandaba sus grandes macanas. No podía medir sin ser visto, como hacían sus parientes, así que sacaba la famosa cinta y la ponía en la mesa. Después soltaba la palabra en voz baja y la medía.

Por ejemplo:

LADRÓN

-A ver...un centímetro y medio...No, mu larga.

Y probaba otra:

DELINCUENTE

-Son dos centímetros y ocho milímetros...No más larga todavía.

A ver:

PILLO

-Un centímetro y dos milímetros...esta podría andar.

Entonces la decía. Pero a esa altura había tardado tanto que la persona con la que se encontraba hablando se había aburrido, o estaba pensando en otra cosa, o directamente ya no estaba. Con el tiempo el entrenamiento le dio velocidad y ya no necesitó poner las palabras sobre la mesa, porque podía estimar " a ojo", o más bien de oído", la longitud que tenían. Fue entonces cuando le regalaron la balancita. ¡Pobre señor Medina! Ni sospechaba que en su familia se usara también ese instrumento. La verdad es que los Medina se iban perfeccionando. Ahora, además de medir las palabras también las pesaban. Y el señor Medina tuvo que aprender.

Veamos:

¡INSERVIBLE!

-No...pesa como 800 gramos, no va.

Otra: ¡INÚTIL!

-¡Qué raro!...mide menos, pero pesa igual. Esta tampoco va.

Otra:

¡TORPE!

-Esta es más liviana: 470 gramos...pero igual es casi medio kilo.

Busquemos otra:

¡DISTRAIDO!

-¡Ah! Ésta pesa a penas 100 gramos. No está mal.

Entonces el señor Medina la usaba...y el inservible que tenía adelante se iba con-

tento, pensando que no era un inútil sin remedio, sino apenas un simpático “distraído”.

Y el señor Medina también se iba contento porque todos opinaban bien de él, lo tenían por un tipo comprensivo que sabía tratar con cortesía a las personas.

Muchos lo admiraban por su calma, su prudencia y su amabilidad. Claro, nadie sabía lo de la cinta y la balanza, una en el bolsillo derecho, la otra en el izquierdo. Y el señor Medina, que ya no necesitaba sacarlas, hablaba con la gente con las manos en los bolsillos, siempre midiendo y pesando, y ganándose el respeto y la simpatía de todos.

Siempre tomando en cuenta el peso y la medida, cambiaba “haragán” por “desganado”, decía “desagradable” en lugar de “asqueroso” y “desprolijidad” en vez de “mugre”. Había palabras largas y livianas que siempre eran preferibles a otras que, aunque fueran cortas, eran demasiado pesadas.

Un día en que no tenía nada que hacer, el señor Medina se puso a revisar su muy cuidado y elegido vocabulario y se dio cuenta de algo que, hasta el momento, no había notado: el color de las palabras. Notó que todas las palabras usadas por él eran de color gris. Gris claro, gris oscuro, grisadas, grisáceas. Todas eran palabras grises.

Y se dio cuenta de algo más: las palabras no eran grises de entrada: se ponían grises.

Advirtió, que no se hacían grises de golpe: se iban volviendo grises.

Y por último notó que el color gris les iba entrando a medida que las medía, a medida que las pesaba.

Por ejemplo: una palabra roja se iba volviendo anaranjada, después amarillenta y al final grisecita...Una palabra azul se ponía celeste, gris perla, gris ceniza, gris.

Como siempre tenía algún problema en que pensar, el señor Medina salió a dar un paseo por el barrio. Como iba distraído con sus pensamientos, puso un pie en la ca-

Le llegó justo cuando el semáforo cambiaba a rojo y un camionero le gritó una palabrota larga, pesada y del mismo color que la luz del semáforo.

Al señor Medina le retumbó la palabra roja en el cerebro. Él la hubiera pronunciado. Y se quedó mudo murmurando "insolente" ..., "bocasucia", "maleducado"... todas palabras livianitas y decididamente grises.

Siguió caminando y vio frente a él avanzando en sentido contrario, una señorita de pelo largo y ondeante que brillaba al sol. La señorita tenía el andar gracioso y los ojos encendidos debajo de unas espesas pestañas.

Al cruzarse con el señor Medina, la señorita entornó los párpados. El corazón de él dio un brinco y ni siquiera se animó a decir las palabras que seleccionó: "linda", "bonita". "preciosa". El señor Medina se puso

colorado. Parece que ninguna de esas palabras era lo suficientemente gris.

En cambio otro caballero, que venía también por la vereda, le dijo a la señorita una palabra de un azul tan intenso que ella le dedicó una sonrisa transparente capaz de derretir a una baldosa. Pero ni la baldosa ni el señor Medina se derritieron porque la sonrisa no era para ellos. Era para el caballero que dijo la palabra azul.

Para colmo, un chico sostenía en la plaza una discusión de todos colores por un gol mal cobrado...tanto que llegaron a las piñas y al otro el ojo le quedó violeta.

Encima, una nenita que iba de la mano de su mamá, se encaprichaba en comprarle al pochoclero y pataleaba. En las lágrimas se le formaban arcoiris y eran tantas y tan grandes que estaba claro que la nena no las medía, ni las pesaba ni nada. Le salían nomás. Como les salían nomás los besos y los arrumacos a las parejas de enamorados que parecían florecer, igual que los canteros a todo color.

Algo andaba definitivamente mal para el señor Medina, y se sentó en el bar de la esquina, en una mesita de la vereda a tomar un café. Mientras esperaba al mozo se puso a escuchar con atención a la gente que pasaba. Unos hablaron en verde, en lila, en amarillos; otros charlaban en anaranjado, en azul francia, en rosa.

Germinación del poroto lector

Los únicos que conversaban en gris eran los que caminaban con las manos en los bolsillos y entonces el señor Medina sospechó que era lo que guardaban en ellos. Los únicos que conversaban en gris eran los que medían.

Se tomó de un solo sorbo el café. Del bolsillo derecho sacó la cinta métrica, del bolsillo izquierdo sacó la balancita, las puso sobre la mesa y se las dejó al mozo como propina.

Se levantó y, con paso decidido, se encaminó a la plaza más cercana. Allí encontró, en el medio, la estatua ecuestre de vaya a saber quién. Se trepó al monumento, lo más alto que pudo y se puso a gritar con toda el alma un montón de palabras de colores brillantes. Eran palabras largas, medianas y cortitas, pesadas y livianas. El señor Medina ya no tenía con que medirlas ni con que pesarlas. Así que las gritaba sin tener idea de su peso y longitud, y por eso las palabras le salían de todos colores. Viboreaban en el aire con destellos fosforescentes, a la manera de serpentinas locas, y algunas hasta tenían chispitas como de fuegos de artificio. Eso sí, ninguna era gris.

La gente se empezó a juntar para ver y oír el espectáculo. La gente se reía, hasta VAYA A SABER QUIEN (el de la estatua ecuestre) se reía...y no paraba.

¡No era para menos! Aquella era una lista interminable de infinitas palabras desmedidas.



Iris Rivera. *Nació en Buenos Aires en 1950. Es maestra y profesora en Filosofía y Ciencias de la Educación. Trabajó en escuelas públicas de nivel primario y en espacios no convencionales (hogares de niños y de ancianos, jóvenes en recuperación por drogadependencia y cárceles). Recibió los premios Pregonero 2011, Hormiguita viajera 2012 y Konex 2014 Diploma al mérito en la categoría Literatura Infantil.*

#RíoTerceroLee



MUNICIPALIDAD
de RÍO TERCERO



BIBLIOTECA
POPULAR
JUSTO JOSÉ de URQUIZA